

"La Mesa Verde" en Nueva York

En el City Center de Nueva York el Jeffrey Ballet abrió su temporada con la primera producción de "La Mesa Verde", de Kurt Jooss, por una compañía norteamericana. Durante dos meses el maestro Ernst Uthoff y su mujer, Lola Botka, montaron el espectáculo en minuciosos ensayos. El éxito triunfal de la presentación se debió por una parte —como es natural— a la genialidad de la coreografía que tantas veces hemos visto aquí, por otra a los artistas chilenos que en ella intervinieron.

Después de asistir al estreno en Nueva York, Eleanor Frampton, del diario "Plain Dealer" de Cleveland, escribe lo siguiente: "El célebre ballet La Mesa Verde conquistó al público en su primera presentación por el Joffrey Ballet en el teatro del City Center, el 9 de marzo. Gran parte del éxito se debió a la cuidadosa enseñanza y preparación experta por Ernst Uthoff y su mujer Lola, ambos miembros de la primitiva Compañía Jooss... La presencia de Kurt Jooss, venido desde Europa, prestó a la ocasión un encanto adicional.

"Miguel Uthoff hizo de portaestandarte, el mismo papel que su padre bailó en la compañía original, y llamó la atención de los entendidos por su vitalidad y destreza técnica... Fue un asunto de familia, puesto que la bella mujer de Miguel, Lisa Bradley, bailó exquisitamente la parte de la Muchacha. Corren rumores de que Lola Uthoff danzará el papel de la Madre —su creación original— como artista invitada en algunas funciones, reemplazando a Marjorie Mussmann, quien se desempeñó de manera excelente gracias a las enseñanzas de Lola.

"El bailarín Maximiliano Zomosa dio una imagen impresionante y poderosa de la Muerte... La Mesa Verde no ha perdido su impacto... Robert Joffrey es afortunado en haberla incorporado a su repertorio, tener a Ernst y Lola Uthoff para montarla y contar con una segunda generación Uthoff —Miguel y Lisa— para bailar en ella.

"Fue un triunfo para todos los participantes. El prolongado aplauso, los gritos de aprobación, las muchas cortinas que

hubo le aseguran un éxito duradero".

Clive Barnes, crítico de ballet del "New York Times", publica el 10 de marzo una larga e interesantísima reseña de la obra y su ejecución. Sentimos que por razones de espacio sólo podremos dar de ella un breve extracto:

"Si decimos que no ha envejecido, no es ésta la exacta verdad. Muestra sus años. Ha madurado. Nadie inventaría hoy un ballet en el idioma expresionista de La Mesa Verde tampoco como un compositor escribiría una ópera como el Wozzeck de Alban Berg. Sin embargo, ello no invalida la creación original, y La Mesa Verde es un ejemplo destacado —en realidad, el ejemplo destacado— de la danza centro-europea de entonces.

"Jooss ha tenido suerte en sus colaboradores. La música de Fritz Cohen —afortunadamente ejecutada, esta vez, en su versión primitiva para dos pianos— es a su manera una obra maestra, muy menor pero, también, muy de veras. Los decorados y trajes de Hein Heckroth contribuyeron al esti-

lo que imperó en una serie de dramas de los años 30. Acaso aún más notables son sus máscaras para los diplomáticos, que logran verse realistas y, al mismo tiempo, como espantosas caricaturas políticas.

"La Compañía Joffrey danzó magníficamente. Maximiliano Zomosa obtuvo un triunfo por entero justificado en el papel de la muerte. Fue una encarnación de poderío fantástico. Creo haber conocido a todos los grandes intérpretes del papel: Jooss mismo, Sigurd Leeder, Rolf Alexander, Hans Zullig y, en tiempos más recientes, Jean Cebron, pero no creo haber visto a ninguno mejor.

"En realidad toda la compañía, incluyendo a Lisa Bradley, de muchacha, y Luis Fuente, como explotador, estuvo admirable. Una palabra especial para Miguel Uthoff, no sólo por el vigor particular con el que personificó al portaestandarte, sino porque en el estreno, hace 35 años, ese mismo papel lo tuvo su padre, Ernst Uthoff. Estoy seguro de que éste no lo bailó mejor, de lo cual ambos podrán estar contentos."

H.

Los Ensayos de Justo Arteaga Alemparte

La existencia de un grupo de artículos de costumbres de Justo Arteaga Alemparte, en "La Semana", periódico que publicó en sociedad con su hermano Domingo, entre 1859 y 1860, había quedado inadvertida. Debemos agradecer al ilustre investigador de nuestro pasado literario e histórico, don Raúl Silva Castro, que esta serie haya sido dada a la publicidad en un volumen homogéneo. Bajo el título de "Ensayos políticos y morales", en esas páginas se muestran veintidos de tales pequeños estudios, con los cuales pesa el autor a situarse bajo la bandera del Ensayo y como uno de los ensayistas culminantes de nuestro siglo XIX.

¿Qué preferir en este libro? Los ensayos de Justo Arteaga son agudos, incisivos, y hacen alusión a costumbres que no han perecido del todo, a pesar del siglo cabal que sobre ellas ha pasado. La insistencia del escritor en la frase breve, y con repeticiones encaminadas a grabar los conceptos en la memoria del que lee, suele hacerse poco natural; pero vence el ingenio, y pronto nos acomoda-

mos al paso de esta prosa que lleva consigo algo de nervioso y de inquieto, lo que permite figurarse al escritor en el instante mismo de escribir, en su gabinete, atento al ruido de la calle y de la casa... Los artículos de costumbres de Arteaga Alemparte pueden ser una excelente instantánea de la sociedad dentro de la cual vivía el periodista, pero son asimismo un buen retrato del hombre, de su autor, a quien nada del espectáculo patrio es ajeno o indiferente.

Pero podríamos igualmente dirigir la mirada al esbozo biográfico y crítico de Arteaga que debemos a la ilustrada pluma de Silva Castro. En esas páginas de tersa prosa encontraremos las noticias indispensables para encuadrar al periodista entre los ideales y las luchas de sus días, como redactor de "El Ferrocarril", de "La Libertad" y de "Los Tiempos". El prologuista va más lejos, y nos entra de los caracteres sustanciales que revistió la prédica de Arteaga al través de sus folletos políticos de actualidad, una especialidad que parece exclu-

siva para él. Oponer testimonios de contemporáneos y juicios de la posteridad, para dejar establecido quién fue Arteaga y qué le debe la cultura intelectual de Chile.

Al paso de estas informaciones, en donde se muestra una vez más en obra la viva sensibilidad que aplica Silva Castro a la elucidación de los hechos literarios, venimos a caer en la cuenta de que Arteaga había ido quedando olvidado, lo que podría ser un fallo azar injusto, si fallo es, para quien libró tan lindas batallas en pro de la libertad y de la ilustración. Y es aquella sensibilidad, vivaz en todo, la que permite rescatar del olvido estas figuras próceras, que animaron un período de nuestro pasado y que con ello nos legaron un ejemplo de actualidad no perocedera.

¿Han leído los periodistas de hoy a su viejo antecesor Arteaga Alemparte? Tal vez no: la dificultad de llegar a sus textos ha podido producir esta solución de continuidad, que estorba a la elevación de los usos periodísticos. Porque tal como nos lo presenta Silva Castro en

su comentario biográfico, Arteaga fue un modelo de caballeros en el trato con sus colegas, y respetó a todos los periodistas, escritores y hombres de estudio de Chile, aun cuando vivieran ellos entregados a la difusión y propaganda de ideas que no eran las del ilustre creador de "La Semana". Este ejemplo de tolerancia, benevolencia y pulcritud de maneras, debe ser exhumado del museo en que yace para que lo estudien, siquiera muy por encima, todos los periodistas de hoy, que a lo largo de Chile prosiguen, acaso sin saberlo, la misma campaña de solidaridad nacional en la ilustración que ejecutó Arteaga en su hora.

"Ensayos políticos y morales" de Justo Arteaga Alemparte, con introducción biográfica de Raúl Silva Castro, es libro editado por la Editorial Andrés Bello, dentro de su colección Ensayos, donde han aparecido ya algo más de una decena de textos de notoria importancia. La edición es elegante y sobria, como es habitual en los libros de ese sello.

Gerardo López Ruiz.